

\ POR MARCELO SOTO

El caso Wacquez



Mauricio Wacquez goza de gran prestigio en los círculos académicos, pero leyendo este libro tal fama parece exagerada. Hablamos de *Excesos* –¡gran portada!–, un conjunto de relatos que no convence como suma, como obra acabada y digna de ser publicada, si bien posee algunos hallazgos.

Un relato, sobre todo, destaca con fuerza propia: *El Papá de la Bernardita*. Aquí Wacquez se despoja de cierta tendencia a la frivolidad intelectual y hace lo que tiene que hacer todo escritor: contar una historia digna de ser recordada. En este caso el relato trata de una adolescente en el umbral del sexo y la adultez; el autor desarrolla con notable encanto y maestría narrativa ese difuso paso intermedio entre los deseos y la nostalgia. Es un cuento potente, colmado de frases verdaderas, con una poesía a la vez sincera y violenta. Se acerca de alguna forma a los relatos de Paul Bowles, cuyo ambiguo realismo sin concesiones provoca en el lector algo similar a aquel efecto llamado "piel de gallina".

Pero en Wacquez tal gracia es apenas una rareza. El resto de las historias transita entre los experimentos literarios que no llegan a ninguna parte y la auto-indulgencia que piensa que todo lo íntimo merece ser registrado. A veces, Wacquez parece el mejor alumno de la clase: es difícil que un crítico no sea seducido por sus evidentes lecturas. Su prosa es perfecta en el mal sentido del término.

En otras ocasiones, el autor cae en aquello que más deploraba. Digamos las cosas como son, mal que les pese a los estudiosos: se transforma en un siútico. Leyendo este libro resultan llamativas las feroces críticas que Wacquez le dirigía a su amigo José Donoso, cuando él publicara su novela *Este Domingo*. Todo lo que en Donoso es distancia, riesgo y verdad literaria, en Wacquez es egolatría, corrección y pose.